

III concurso literario "ENEIDA" -adultos-

Lema: *Almario.*

DE TIERRA MADRE...

Como de fábula.

Érase una tierra imaginaria de un país imaginario... Quizá, una tierra real cualquiera de este país real cualquiera. Acaso lugares viejos, perdidos en medio del campo que nace en cada primavera y muere con cada otoño. Tal vez, villas antiguas de reino antiguo, erigidas sobre tierra áspera que han esquilado los labriegos peleándose con un entorno adverso para malcomer y malvivir. O puede que villas nuevas de reino nuevo, animadas por las almas transidas de los jornaleros bregando de sol a sol en podas, simienzas, vendimias y siegas, durante jornadas tan largas como un día sin pan...

Érase una tierra. Quizá. Acaso. Tal vez. Puede que... Como Babia, Jauja, la Ínsula Barataria o el Limbo de los Justos. Sin pena ni gloria...

Lugares con historia pequeña, con minúscula: la de cada amanecer con cada oscurecer. Largo camino de luces y sombras. Días con noches sumados uno a uno en el correr del tiempo. Poblaciones con memoria común sobre un papel no escrito. Evocación. Ecos en blanco y negro. Borriones sobre el recuerdo. Gentes de carne y hueso. Mortales silenciados bajo lápidas de camposanto. Nombres inscritos en el Registro Civil. Libros bautismales y obituarios de parroquia con tufo a cera rancia y a sacristía. Polvo y ceniza en los cementerios...

Campo abierto con retamas en otro tiempo, muchas retamas, tan rudas, tan sufridas como los vecinos de rancia estirpe oliendo a pueblo llano, trabajador del alba al crepúsculo. Crecen zarzas y aliagas en los ribazos de siempre. Romero. Hinojo. Tomillo. Morquera... Mil aromas se despliegan a campo libre. Verde perenne en los pinares verdes. Fondo eterno de azul cielo y marrón tierra. Olivares. Majuelos. Trigales. Barbechos... Caminos de polvo y tiempo, recorridos antaño por carros y galeras, atraviesan hogaño sendas de soles con lunas por donde pasaron y soñaron quienes ya no guardan memoria, porque las trochas de los mortales se van con ellos en su caminata al cementerio. Cuando, acto continuo, vienen otros para volverse a marchar a ese mismo sitio donde malvas y cipreses crecen verticales sobre la paz quieta y horizontal de la soledad eterna.

Castilla. Pueblos viejos y villas jóvenes. Fachadas blancas. Enjalbiegue o cal. Aleros sombríos. Revoltones. Nidos de golondrina... Casas añejas en comunidades flamantes que aparecen en cada alborada y desaparecen con cada anochecida. Tapias con bardas antiguas, pobladas de ova en las umbrías, cohabitan ahora con rejolas y antenas de televisión salpicadas por el óxido y el revoloteo de los tordos. Tejados de sol tímido y escarcha en invierno. Tejados de con picante y modorra en la canícula. Calles con desigual trazado, hoy en día alquitranadas, están presididas por iglesias viejas de piedra y tiempo. Imágenes. Vírgenes. Santos. Nichos benditos. Silencio y soledad... Unas torres, altas e importantes, son vistas y ven con sus ojos de campanarios recién retejados; mientras sus inquilinas, las campanas, como sonajas tartamudas, a veces tocan a misa, a veces repican a procesión o doblan a muerto; y de cuando en cuando unos relojes, con voces terminantes, marcan como diapasones el compás de la vidas

recordando a los mortales la cuenta atrás. Incierta peregrinación. Destino cierto, último.

La Mancha. Villas viejas y pueblos jóvenes. Hay escuelas. Niños nuevos. Años de crecer. Edades que llenar. Ganas de ser... Escenarios donde han representado su papel los actores de la cotidianidad rezando y trabajando. Olor a vulgo. Sudor de pasiones. Emociones compartidas... Coronan cuevas empinadas los humilladeros, las ermitas de los Santos Patrones y los Calvarios con tres cruces. Rancias tradiciones y devociones, cuajadas de credos y temores, componen también una retahíla de historias afines. Experiencias. Esperanzas. Normas. Formas. Común ritual...

Castilla La Mancha. Territorio singular. Espacio con sentido y sentimiento. Convivencia. Supervivencia. Historia y memoria propias. Mismo camino. Igual destino, cierto, último. En el horizonte, rastrojos más viñas; gamas amarillas y verdes perdidas sobre una plataforma meseteña. Luz y austeridad entre bancales resecos han sido secularmente, aún son, las notas dominantes en la fisonomía y el carácter rústico de esta pequeña patria. Pura tierra castellana. Solar de alto y limpio cielo. Cálida estepa alojada por campesinos. Municipios de esencias rurales que ocupan, de saliente a poniente y de norte a mediodía, una extensa heredad como marcos de referencia, de preferencia, de pertenencia... En este escenario, muchas generaciones de lugareños, de antaño a hogaño, han organizado su convivencia andando una peripecia difícil. Presencias y ausencias continuadas. Recuerdos con olvidos sucesivos... Han sido sus hombres y mujeres de todos los tiempos los protagonistas anónimos de la rutina en esta tierra agostada y sedienta en tiempo estival, fría y escarchada en la estación de invierno. Espacio sentido, consentido. Tierra. Gentes. Tiempo...

Patria chica y patria grande, patria de siempre. Testimonios escritos y no escritos. Luces más sombras de largo pasado desde antes de nuestra era en vestigios arqueológicos. Según cuentan vetustos manuscritos, fue tierra de moros; un viejo rey castellano reconquistó las plazas moras y la tierra se volvió a poblar a costa de asentamientos legitimados por fueros, vetustos también. Sus lugares, primero, fueron de señorío o de órdenes militares con principales e importantes dueños, señores de horca y cuchillo más derecho de pernada. Luego, de realengo, desde que una Concordia erigiera reina de Castilla a una católica majestad. Sus tierras estuvieron ocupadas por repobladores, quienes las roturaron con la fuerza de la esperanza: arrompieron en eriales y pedrizas, abrieron besanas en los ejidos a base de arado romano uncido a yuntas de mulas cerriles para afirmar con estas labores su derecho de propiedad. Sitios amplios, en cuyo entorno se asentaron personas anónimas, nacidas en otros lugares o aldeas ignorados; después se reconocieron a sí mismos erigiéndose en villas de por sí y sobre sí, con fuero propio; se independizaron de otras villas mayores; formaron sus concejos dando lentos, pero firmes, pasos de identidad. Así abrocharon los ancestros, eslabón a eslabón, una cadena histórica secular.

Castilla y La Mancha. Corriente continua de vivencias y convivencias. Según cuentan crónicas y libros, sus hombres y mujeres fueron alcaldes mayores o pedáneos, regidores o parroquianos de a pie, hijosdalgos o simples municipales. También hicieron de pecheros de gabelas, pagadores de las alcabalas y tercias que ordenaba la autoridad en reales de vellón contantes y sonantes, además de contribuyentes en especie de los diezmos y las primicias que mandaba la Santa Madre Iglesia con el pan, el vino o el aceite cosechados. Hombres y Mujeres levantaron sus rústicas moradas.

Adobe bajo carrizo. Calicanto o barro. Tesón sobre pisón entre tapiales. Y edificaron sus templos con sillares robustos. Piedra. Fe y sacrificio.

Castellanos y manchegos, gentes todas, han echado raíces en esta tierra, recibida de los antepasados en hijuelas y herencias, viviendo en ayuntamiento con ella; han regado sus haciendas con el sudor de sus frentes campesinas, con su sangre trabajadora, también con lágrimas cuando el nublo descargaba el pedrisco. Y, en todo caso, han amado con apego, con pasión, el solar donde les tocó nacer y fenecer. Perpetuaron rancias y añejas tradiciones cuajadas de sentimientos, de gramática parda. Criaron a sus hijos. Enterraron a sus muertos. Oraron. Laboraron... Los trabajos y los días presenciaron la corriente continua de estos pueblos cualesquiera.

Trabajos y días compartidos, edades gastadas. Desde los tiempos más remotos, sus habitantes han pululado, de sol a sol, como actores laboriosos de la supervivencia. Gañanes de quinterías. Mozos muleros. Braceros de jornal por la costa. Hateros y zagales con morral en bandolera. Carreteros. Mayorales. Quinquilleros, aperadores, regatones, azafraneros... Todos fueron figurantes de la vida de estos lugares; representaron a la fuerza su papel en la función teatral de la vida, o interpretaron el concierto de la existencia bajo las partituras de unas historias domésticas de edades agregadas. Ellos más ellas, abuelos y abuelas con ser y sentimiento, concibieron estas comunidades faenando en tajos o destajos entre rocíos y relentes, podando o vendimiando, segando a golpe y paso avena y escaña o cortando zumaque y espartillo, cogiendo rosa o escardando, buscando espárragos o rebuscando setas, pariendo o criando. Ellas más ellos, maestros de estevas de arado y astiles de azada, con firme pulso, con entereza, renqueando sufridos,

imprimieron el impulso vital a esta tierra madre. Y todos, aquellos predecesores, trajinantes de la rutina, desarrollaron su peripecia histórica en este campo de inclemencias, de rudeza, de aridez, proyectando la entidad y la identidad propias hacia aquel futuro de entonces, que es el pasado de ahora.

La vida es la suma de todos los momentos, como la historia es la sucesión de todos los eventos. La biografía de esta tierra es el compendio de vidas e historias particulares de sus gentes, que, apegadas a este suelo, espesaron su ser mientras el mundo giraba impasible. Por este espacio sentido, cargado de esencias rurales, desfilaron los paisanos con nombres y apellidos conocidos, quienes llamados a veces por motes siempre respondieron, y se correspondieron con humanos con sentido y sentimiento. Sus moradores de todos los tiempos, a su chano chano, pasaron y soñaron, se hablaron, y se entendieron a su manera cada día que amaneció y anocheció; hicieron sus caminos como personas anónimas que no aparecen en los libros de Historia con mayúscula, pero escribieron su historia con minúscula; fueron cultivadores de la rutina, almas vulgares, corrientes y molientes, rozándose a flor de piel, conviviendo cada instante en el siempre relativo de sus vidas, también vulgares.

La Mancha y Castilla en tiempo pretérito imperfecto. Convecinos del ayer reaparecen en la memoria lerda de ahora cantando la gesta de la supervivencia en torno a los trabajos y los días. Los inquilinos de este suelo, genuinos como las retamas de otro tiempo, han reafirmado sus sueños en ese trecho que va desde la cuna al cementerio –ese lugar de los silencios solos donde se alberga el olvido-. Y han habitado las pausas de su vidas en ese otro espacio que corre del parto a la muerte, tránsito entre el ser y el no

ser. Este paisaje con figuras ha quedado inmortalizado, deteniendo al tiempo. Recuerdos y olvidos. Anécdotas. Saber vulgar. Gramática parda. Refranes más cantares populares. Regusto agridulce. Sabor de la vida. Herencia guardada en el preciado joyero de la identidad de un pueblo. *Almario* de épica casera. Tierno retazo espiritual. Intrahistoria... Y convecinos del hoy se superponen a aquella sociedad rural tradicional campestre y pastoril. Tiempos mejores. Modernidad. Progreso. Mano de obra sobrante. Emigración. Huída a la esperanza. Viajeros por obligación. Nómadas de la necesidad. Errantes a la fuerza. Supervivencia y razón vital. Deserción. Mudanza de hatos. Valencia. Barcelona. Madrid. O extranjero. Cambio de pertrechos y cambio de relaciones. Desarraigo. Marginación. Nostalgia...

Castilla y La Mancha en tiempo futuro, potencial simple. Las gentes que permanecen en esta tierra, sufridoras impasibles de los reveses históricos, subsisten, reaccionan para volcarse una eterna voluntad de coexistencia. Se adaptan al escenario tornadizo e inestable que exige el nuevo guión de unos tiempos más industriosos con usos más modernos. Y aun hoy por hoy, continúan librando cada día sus batallas por sobrevivir. Autoestimas. Señas de identidad rural. Afectos y emociones compartidas...

Érase una tierra imaginaria de un país imaginario quizá. O acaso una tierra real cualquiera de este país real cualquiera. Tal vez como Babia, Jauja, la Ínsula Barataria o el Limbo de los Justos. Puede que sin pena ni gloria... Castilla La Mancha: tierra, gentes y tiempo, seguro.